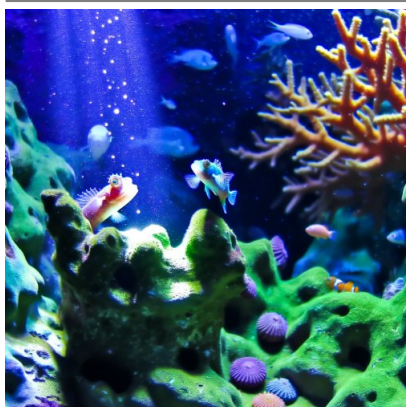




La luz de Marçal, el pez luminoso

En el fondo del mar vivía un pecesito llamado Marçal con unas escamas muy especiales. Brillaban como pequeñas estrellas y lo hacían distinto de los demás peces. Aunque muchos admiraban su resplandor, algunos se alejaban por envidia, y Marçal se sentía solo con frecuencia.

Sin embargo, tenía un corazón generoso. Soñaba con encontrar una manera de utilizar su luz para ayudar a otros animales. Un día, mientras nadaba por una zona oscura del arrecife, oyó unos sollozos. Siguió el sonido y encontró a Glòria, una pequeña gamba atrapada entre dos rocas. No podía soltarse y la oscuridad la asustaba mucho.

Marçal se acercó sin dudarlo e iluminó aquel rincón. Así pudieron ver cómo mover las piedras hasta dejar a Glòria en libertad.

—¡Me has salvado, Marçal! ¡No sé cómo darte las gracias! —exclamó ella, todavía emocionada.

—Lo importante es que estés bien —respondió él con una sonrisa tímida y sincera.

Glòria fue enseguida a contar a los demás lo ocurrido. La noticia se extendió por el arrecife. Pronto todos supieron que Marçal no solo



tenía unas escamas bonitas: también era un amigo bondadoso.

Los peces empezaron a buscar su compañía. Algunos le pedían ayuda y otros simplemente querían pasar un rato con él. Marçal dejó de sentirse tan solo y descubrió la alegría de formar parte de un grupo.

Una luz que ayuda a los demás

Con el tiempo encontró muchas maneras de aprovechar su brillo. Acompañaba a los peces que se habían perdido en la oscuridad y les mostraba el camino de vuelta. Cuando aparecían criaturas amenazantes, iluminaba el agua para ahuyentarlas y proteger a los más pequeños.

En los momentos tranquilos también llenaba el arrecife de reflejos de colores. Los animales se reunían a contemplarlos y compartían ratos alegres bajo su luz.

Un día, mientras guiaba a varios pececillos perdidos, se le acercó un pulpo anciano y sabio.

—Marçal, estás haciendo algo muy valioso. Tu luz ha traído tranquilidad y alegría a nuestro mundo submarino.

El pececito se sorprendió.

—Solo hago lo que puedo para ayudar —respondió con humildad.

—Y eso no es poca cosa —añadió el pulpo—. Gracias a ti, muchos han encontrado una luz cuando no sabían por dónde seguir.

Por primera vez, Marçal comprendió que su deseo se había hecho realidad. Había encontrado una manera de ayudar con su brillo. Además, ahora lo rodeaba una gran familia submarina que lo



apreciaba por su carácter, su bondad y su valentía, además de por sus escamas.

Las historias de sus aventuras llegaron a los rincones más lejanos del mar. Hablaban de un pequeño pez que ayudaba sin esperar nada a cambio. Su ejemplo recordaba que la belleza de alguien también está en sus acciones y en cómo trata a los demás.

Poco a poco, los animales del arrecife empezaron a colaborar más entre ellos. La ayuda de Marçal había creado nuevas amistades y animado a todos a compartir lo que podían ofrecer.

Y así siguió viviendo feliz en el fondo del mar, iluminando los caminos oscuros y alegrando los corazones de sus amigos. Había descubierto que incluso alguien pequeño puede hacer grandes cosas con un corazón generoso.